

Por fin llegó el ansiado día de la inauguración solemne de la nueva capilla, con traslación del Santísimo Sacramento desde una parroquia inmediata. «Esta fiesta fué el domingo antes de Pascua del Espíritu Santo, año de 1576.» Asistió el mismo arzobispo, el célebre Don Cristóbal de Rojas y Sandoval; le acompañaban muchos sacerdotes y religiosos, entre ellos el santo viejo prior de la Cartuja, «grandísimo siervo de Dios» y protector de las carmelitas. El gentío era inmenso, las calles estaban muy bien adornadas; hubo no sólo mucha música, sino «tiros de artillería y cohetes», á la moda andaluza, que por poco no causan un incendio. Allí estaría Don Lorenzo de Cepeda gozándose en el triunfo de su hermana, que era el de Dios, y ella humildemente, agradeciendo á su Señor el haberla permitido hacer algo por su gloria.

Mas los contentos de Teresa no habían de ser jamás tan largos como sus pesares, y el día siguiente de aquella solemnísima función, 4 de junio de 1576, se puso en camino para Castilla. «No fué el Señor servido, que siquiera oyese un día misa en la iglesia. Harto se les aguló el contento á las monjas con mi partida, que sintieron mucho; que, como habíamos estado aquel año juntas, y pasado tantos trabajos, que como he dicho los más graves no pongo aquí; que, á lo que me parece, dejada la primera fundación de Ávila, que aquí no hay comparación, ninguna me ha costado tanto como ésta, por sus trabajos, los más interiores. Plega á la Divina Majestad que sea siempre servido en ella, que con esto es todo poco, como yo espero que será; que comenzó su Majestad á traer buenas almas á aquella casa; que las que quedaron de las que llevé conmigo, que fueron cinco, ya os he dicho cuán buenas eran, algo de lo que se puede decir, que lo menos es.»¹

¹ «Fundaciones», c. 26.

Entre estas carmelitas fundadoras del monasterio de Sevilla, con quienes empezó á formarse Teresita, y que por lo tanto nos interesan especialmente, ninguna más notable y benemérita que la Madre María de San José, primera priora de aquella casa; estimada y querida en grado sumo por Santa Teresa, que decía de ella, con profunda humildad: «es harto mejor que yo», «tiene buen entendimiento» y «un ánimo, que me ha espantado, harto más que yo»; y sin vacilar la calificaba de «el mejor sujeto que tiene la Orden». La Madre María de San José supo granjearse de tal modo la confianza y cariño de Teresita, que ésta se le aficionó sobre manera, y recibió de ella para siempre la marca de carmelita.

Otro afectuoso protector y guía que tuvo desde Sevilla fué el tan célebre y digno Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, brazo derecho de la Santa en la reforma de los descalzos. Como el Padre amaba tanto á la Fundadora, hacía participar de ese afecto á la sobrina. Gracias á este interés del Padre Visitador y de la Madre Priora de Sevilla se nos han conservado cien rasgos de la fisonomía moral de la chica en la correspondencia de la Santa. Aun más: gracias á ello hemos logrado conocer la figura de Teresita, niña de nueve años, al cabo de más de tres siglos.

Es el caso, como es notorio á todos los admiradores de la Santa, que durante su permanencia en Sevilla el Padre Gracián la obligó á dejarse retratar por un lego carmelita, Fray Juan de la Miseria, italiano de nación y pintor, aunque no muy hábil¹. Por imperfecto que sea este retrato, que se guarda bajo dosel en la sala del ayuntamiento de Ávila, es el único que existe de la Santa,

¹ Fr. Juan de la Miseria era napolitano y escultor de oficio; aprendió á pintar en Aranjuez con Alonso Sánchez Coello; después de varias peripecias en su vida religiosa, murió en 1616, de más de noventa años.

y nos ayuda á formarnos alguna idea de su bellísima persona¹.

Terminado el retrato de la santa Madre, que puso á prueba su humildad y paciencia, el Padre Visitador mandó á Fray Juan que retratase también á Teresita. La niña, dócil y alegre, se prestó de buen grado; y el bendito lego la hizo también ponerse en pie, con su hábito carmelitano, su capita blanca y su capucha ó toca del mismo color². Para el concepto místico que pretendió expresar, dibujó á Teresita el corazón en la mano izquierda recogida, presentándolo al Niño Jesús, á quien sostiene con la derecha extendida: el Niño la bendice y como que viene á recibir el corazón. Mas como esto no bastaba sin duda, lo propio que en el retrato de la Santa, agregó sus letreros ó divisas: en una cinta que de la boca del Niño va al corazón: *Da michi* (sic) *cor tuum, spōsa mea*; y en otra, que de la boca de la carmelita pasa por encima del Niño: *Domine, accipe cor meum*. El desposorio místico ya no puede estar más claro: «Dame tu corazón, esposa mía.» — «Señor, recibe mi corazón.» El buen Hermano, hasta en la ortografía de *michi* (por *mihi*) de su letrado, firmó su obra. Por lo demás basta comparar su trabajo complementario con el principal, el único retrato de Teresita, que se guarda en el monasterio de Sevilla, con el grande de Santa Teresa, que está en Ávila, para reconocer al punto que son del mismo pintor.

¹ Bien sabemos que Sevilla, Valladolid, Zaragoza y otras ciudades se disputan el honor de poseer el retrato original de Santa Teresa de Jesús, siquiera fuese pintado por tosco pincel. Nosotros nos adherimos á la opinión imparcial y bien razonada de Mr. Hye Hoys, autor de «L'Espagne Thérésienne», de tanto peso por ser de un consumado artista y erudito teresiano.

² En carta á María de San José, la Santa le encargó después, desde Toledo, que le comprase una estameña barata para las sayas de las monjas, «como las que se hacían á Teresa, y más grosera; y cuanto más grosera la hallasen, será mejor».

Por supuesto, si con todo el esmero que le inspiraba su veneración á la santa Madre, Fray Juan la sacó «fea y legañosa», no era de esperarse que Teresita saliese más bien librada. Sin embargo, si no nos engañan el paisanaje y el afecto, al través de esa tela tosca y nada artística descubrimos el tipo quiteño, de la serranita de rostro lleno, blanco y sonrosado, de ojos negros ó pardos, grandes y rasgados (no saltones), de manos pequeñas y delicadas. En todo caso, al través de esa tela envejecida hemos contemplado con tierna devoción á la primera carmelita americana de niña¹.

Ahora que conocemos mejor á Teresita, sigámosla con su santa tía, camino de Ávila. El viaje de regreso de la Santa fué más cómodo que el de la venida. Su hermano Lorenzo se había quedado en Sevilla, sólo por obtener del Padre Gracián que le permitiese acompañarla á su vuelta, como lo consiguió²: Pedro de Ahumada se les había adelantado. Partieron pues, como hemos dicho, el lunes 4 de junio de 1576, Santa Teresa con su hermano Don Lorenzo y Teresita, acompañados por Fray Gregorio Nacianceno, joven religioso carmelita, y dos compañeros más. Es probable que la Santa y su comitiva irían á caballo, puesto que ella, desde Malagón, adonde llegaron pocos días después, escribe así al Padre Gracián². «He venido buena, que ha sido más acertado que venir en carros por caminar á la hora que quería y bien regalada de mi hermano; besa á V. P. mucho las manos, y ha venido bueno y lo está: harto buen hombre es. . . . Teresa ha venido

¹ El cuadro original, del que hemos hecho sacar la fotografía para el fotograbado que se halla algo más adelante, se conserva en el monasterio de carmelitas descalzas de Sevilla: tiene 1,21 m de alto y 72 cm de ancho; el cuerpo de Teresita mide 1,13 m. Agradecemos á las religiosas de aquella casa por su amable condescendencia.

² Carta á la M. María Bautista, á principios de 1576.

dando recreación por el camino y sin ninguna pesadumbre.»¹

El mismo día escribe á la priora de Sevilla: «Teresa ha venido, especial el primer día, bien tristecilla; decía, que de dejar á las hermanas. En viéndose acá, como si toda la vida hubiera estado con ellas, que de contento casi no cenó aquella noche que venimos. Heme holgado, porque creo es muy de raíz el ser aficionada á ellas.» Y en posdata: «Teresa no le escribe, porque está ocupada. Dice ella que es priora, y se le encomienda mucho.»² En la carta siguiente dice á la misma: «Mi hermano les escribió estotro día, y se les encomienda mucho. Más ley tiene que Teresa, que no aprovecha querer más á ningunas, que á ellas.»³

Á principios de julio ya estaba la Santa en Toledo, donde había de residir de fijo por más de un año, y á su priora predilecta escribía la bellísima carta, que podemos llamar de su amor maternal para con ella; también en ésta le da noticias del hermano y de la sobrina: «¡Oh lo que él se ha holgado con sus cartas! No acaba de decir de su descripción... Porque él y Teresa escriben no digo nada de ellos.»⁴

Una semana después, Don Lorenzo con su hija partían para Ávila, dejando á la Santa en Toledo. «Sepa», escribe á la priora de Sevilla, «que me quedo por ahora aquí, que antier se fué mi hermano, é hícele llevar á Teresa, porque no sé si me mandarán que vaya con algún rodeo, y no quiero ir cargada de muchacha. Buena estoy, y descansada he quedado sin este ruido, que con cuanto quiero á mi

¹ 15 de junio de 1576: véase el texto español íntegro de esta importante carta en la edición francesa de la correspondencia de Santa Teresa, publicada por el P. Fr. Gregorio de San José, t. I, p. 457.

² Á la M. María de San José, priora de Sevilla, 15 de junio de 1576.

³ Á la misma, 18 de junio de 1576.

⁴ Á la misma, 2 de julio de 1576.

hermano me daba cuidado verle fuera de su casa. No sé lo que estaré aquí. . . . De que se haya concertado el alcabala nos hemos holgado mucho mi hermano y yo. Es cosa extraña lo que las quiere, y á mí se me ha pegado.»¹

Influyó tal vez en el ánimo de la Santa lo que no dice á su confidenta, y es que deseaba quitar pretexto á las viles murmuraciones de que fué víctima al llegar á Toledo. Se le acusó, por solo el viaje con su hermano y sobrina, como refiere el Ilmo. Señor Yepes², de «que era una mujer liviana, y que por los caminos traía galanes y damas en su compañía». «Sufrió la Santa», añade, «este golpe con la misma igualdad de ánimo que los demás, hasta que después los autores de este daño, confusos y arrepentidos de lo que habían publicado, fueron con mucha humildad á pedir perdón á la que en nada se hallaba injuriada.» El mundo fué siempre uno mismo, mentiroso y maligno.

Tan luego como Don Lorenzo llegó á Ávila, llevó á Teresita al monasterio de San José, donde fué recibida, con más alborozo, si cabe, que en Sevilla, Malagón y Toledo, tanto que en el libro de entradas ha quedado esta constancia; «Recibímosla en esta casa el mismo día que entró en Ávila, que fué un jueves, á doce del mes de julio, año de 1576, con mucho contento y placer de todo el convento.»

Á fines de julio ó principios de agosto, la Santa, por orden del Padre Gracián, visitaba á las volandas su amado convento de San José, daba allí sus disposiciones, recomendaba á su sobrina y volvía al de Toledo á constituirse como prisionera, según el mandato del capítulo general³.

Desde allí vigilaba la solícita Madre sobre sus hijos expuestos á la persecución y dispersión, mientras su reforma

¹ Carta del 11 de julio de 1576.

² L. III, c. 13.

³ Esta fecha memorable en la vida de Santa Teresa es la del 9 de agosto de 1576.

desconocida y calumniada corría inminente riesgo de arruinarse y desaparecer. Su correspondencia de aquella época con el rey Felipe II, los prelados, el Padre Gracián y los principales descalzos, es admirable por la prudencia, sagacidad, fortaleza y dulzura, que despliega en las más arduas circunstancias. Es la mano que dirige el timón de la nave á pique de naufragar, mientras los ojos están fijos en el cielo, en el silencio de la oración.

En medio de tantos cuidados y congojas, la Santa seguía interesándose con entrañable afecto por la educación carmelitana de Teresita, quien no obstante su corta edad hacía progresos visibles en la virtud. Se lo comunicó á la Madre María de San José, felicitándola por el provecho que junto á ella había sacado la niña, callando que ella misma era la principal autora: «Nunca se me acuerda», le dice, «de guardar las cartas que me escriben de Teresa. Á todas dicen las trae confusas de ver su perfección, y la inclinación á oficios bajos. Dice, que no piensen que por ser sobrina de la Fundadora, la han de tener en más sino en menos. Quiérenla mucho; hartas cosas dicen de ella. Para que alaben á Dios (pues ellas le dieron á ganar este bien) les digo esto: harto me huelgo de que la encomienden á su Majestad. Mucho la quiero y á su padre; mas cierto la digo estoy consolada de estar lejos. No acabo de entender la causa; si no es, que los contentos de la vida, para mí son cansancio: debe de ser el miedo que traigo, de no me asir á cosa de ella, y así es mejor quitar la ocasión. Aunque ahora al presente, por no desagradecer á mi hermano lo que ha hecho, quisiera estar allá hasta que asentara algunas cosas, que aguarda para esto.... No dejen de avisarle de lo del alcabala.»¹

«Á Teresa le va muy bien. Es para alabar á Dios la perfección que llevó por el camino, que ha espantado. No

¹ Carta del 7 de septiembre de 1576.

quiso dormir noche fuera del monesterio. Yo le digo, que si lo trabajaron con ella, que las honra bien. Nunca acabo de agradecerlas la buena crianza que la hicieron, ni su padre tampoco. Bueno está. Rompí una carta que me escribió, que nos ha hecho reír; siempre la encomienden á Dios, por caridad; en especial á su maesa lo pido. Escribenme que todavía tiene de Sevilla soledad, y las loa mucho.»¹

De la santa Madre su tía, la pobrecita sentía igualmente soledad, como aparece de estotro curioso pasaje de la misma correspondencia. «Sepa, que como luego que vine yo pensé nos fuéramos luego, envióse en viniendo el baúl y todos los líos que vinieron, con un arriero, y no sé si al sacarlo, ó cómo ha sido, que no parece el *Agnus Dei* grande de Teresa, ni las dos sortijas de las esmeraldas, ni yo me acuerdo adónde las puse, ni si me las dieron. En forma me ha dado pena de ver cómo le ha sucedido todo al revés del contento que traya, con pensar de tenerme allá consigo, y para hartas cosas le hago falta. Acuérdense si estas piezas estaban en casa, cuando venimos, y á Gabriela si se acuerda dónde las puse, encómienlen á Dios que parezcan.»²

Con todo, la tierna carmelita no aflojaba en su fervor, y su tía daba esta noticia de ella, á fines del mismo año. «¿No ve qué gracia trae la carta para Teresica de su Pateridad (el Padre Gracián)? No acaban de decir de ella y de su virtud. Julián (de Ávila, el capellán de San José) dice maravillas, que es mucho.»³ Para mayor prueba,

¹ Á la misma M. María de San José, 9 de septiembre de 1576.

² Á la misma, 5 de octubre de 1576. — Al fin parecieron las cosas: «Ahí», escribe Teresa, «el *Agnus Dei* y sortijas parecieron, gloria á Dios, que me dieron cuidado al principio.» — «Antes que se me olvide, ya pareció el *Agnus Dei* grande, y las sortijas; y buenos están en Ávila, como verá por esas cartas» (á la misma, en el mismo mes).

³ Á la misma, 19 de noviembre de 1576.

óigase esta confidencia al padre de la chica. «Á Teresa envió uno (cilicio) y una disciplina, que me envió á pedir muy recia: mándesela dar vuesa merced, y mis encomiendas. Muchas cosas buenas me escribe de ella Julián de Avila, que me hace alabar al Señor. Él la tenga de su mano siempre, que gran merced la ha hecho, y á las que la queremos bien.»¹ ¡Y nótese que era una niña de sólo diez años!

En la crónica de las carmelitas descalzas del tiempo de Santa Teresa, como si dijéramos de las primitivas, figuran tres niñas angelicales, cuyo grupo encantador no será fuera de propósito admirar aquí, como el de las meninas de Velázquez. Sólo que el pintor es Teresa de Jesús, capaz por cierto de hombrearse con el celeberrimo artista español. Ella misma las junta en una carta suya, recordando el privilegio que tuvieron de vestir el hábito carmelita antes de los doce años. «Porque, si no ha sido Casilda y Teresica, y otra hermanita del Padre Gracián, no ha entrado niña en estas casas ni yo lo consintiera.»²

De cuerpo entero es el primoroso retrato que, en el libro de sus Fundaciones, trazó la Santa de la heroica doncella Doña Casilda de Padilla, heredera de muy alta nobleza y no menor caudal de bienes, todo lo que despreció por vestirse el sayal carmelita y llevar vida de oración y penitencia³. En el año de 1577, á que hemos llegado, profesó en el monasterio de Valladolid, de catorce años apenas de edad, por dispensa pontificia.

Teresita es la primera carmelita americana, á quien estamos procurando dar á conocer.

¹ Á D. Lorenzo de Cepeda, 28 de febrero de 1577.

² Á Antonio Gaitán, 28 de marzo de 1581.

³ «Fundaciones», c. 10 y 11. Casilda, sin embargo, no perseveró de carmelita, y cuatro años después, urgida por sus parientes, pasó al monasterio de clarisas de Burgos, donde fué abadesa; pero siempre vivió pesarosa de su mudanza.

La tercera niña fué Isabelita, la hermana menor del Padre Gracián, á quien la Santa por este título, á más de sus prendas personales, amó entrañablemente. La había recibido muy niña aún en el monasterio de Toledo, y la llamaba «el mi angelito», y decía de ella: «Es toda la recreación que acá tengo. ¡Oh, qué hermosita se va haciendo! Dios la haga santa.»¹ Á su confidenta, la Madre María de San José, también le escribía: «La su hermanita (del Padre Gracián) es especial, y de condición más blanda que Teresa. Una habilidad extraña. Harto me huelgo con ella.»² «La nuestra Isabel está hecha un ángel. Es para alabar á Dios la condición de esta criatura. . . . En entrando yo en la recreación, como no es muchas veces, deja su labor y comienza á cantar: La Madre fundadora viene á la recreación; bailemos y cantemos, y hagámos(le) son. Esto en un momento; y cuando no es hora de recreación, en su ermita está tan embebida en su Niño Jesús y sus pastores y su labor, que es para alabar al Señor, y en lo que dice que piensa. Dice que se encomienda á vuestra Paternidad, y que le encomienda á Dios, y le tiene deseo de ver; á la señora doña Juana no, ni á ninguno, que dice son del mundo. Harta recreación me da.»³

Teresita se hallaba ya en San José de Ávila. De este cariño de la santa Madre á entrambas niñas resultaron sus celillos, que dieron ocasión á unas explicaciones y á un paralelo muy gracioso. Á Don Lorenzo le escribía: «Á Teresa diga vuesa merced que no hay miedo quiera á ninguna como ella: que reparta las imágenes, y no las que yo aparté para mí, y que dé alguna á sus hermanos. Deseo tengo de verla. Devoción me hizo lo que escribió vuesa merced de ella á Sevilla, que me enviaron acá las

¹ Carta al P. Fr. Jerónimo Gracián, 20 de septiembre de 1576.

² El 13 de octubre de 1576.

³ Al mismo P. Gracián, á fines del 1576.

cartas, que no se holgaron poco las hermanas, que las leyeron en la recreación, y yo también.»¹ Y á la Madre María de San José, decidida por Teresita: «Donosa está en no querer sea otra como Teresa. Pues sepa cierto, que si esta mi Bela² tuviera la gracia natural que la otra, y la sobrenatural, que verdaderamente veíamos obraba Dios algunas cosas en ella, que el entendimiento y habilidad y blandura, de que se puede hacer de ella lo que quisieren, que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que con unos pastorcillos malaventurados y unas monjillas y una imagen de nuestra Señora, que tiene, no viene fiesta que no hace una invención de ello en su ermita ó en la recreación, con alguna copla, á quien ella da tan buen tono, y la hace, que nos tiene espantadas. Sólo tengo un trabajo, que no sé cómo le poner la boca, porque la tiene frigidísima, y se ríe muy fríamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ría. Ella dice que no tiene culpa, sino la boca, dice verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa en cuerpo y en todo, echarlo ha más de ver, que así lo hacen acá, aunque yo no lo confieso, y á ella se lo digo en secreto: no lo diga á nadie, que gustaría si viese la vida que traigo en ponerle la boca. Creo, como sea mayor, no será tan fría, al menos no lo es en los dichos. Hel aquí pintadas sus muchachas, para que no piense que le miento en que hace ventaja á la otra. Porque se ría se lo he dicho.»³

¹ El 2 de enero de 1577.

² Diminutivo familiar de Isabel.

³ Carta de principios del 1577. — Isabelita llegó á profesar, y murió ya anciana, mucho después que sus dos compañeras. En el libro de profesiones de San José de Toledo consta: «En 30 de setiembre de 84, Isabel de Jesús, en el siglo de Antisco, hija del secretario Diego Gracián y de doña Juana de Antisco, vecinos de Madrid: murió en Cuerva, año de 1640, de 71 de edad y 61 de hábito.»

En agosto de 1577 volvió la santa Madre á Ávila, con el objeto de negociar directamente con su gran amigo y bienhechor el Ilmo. Señor Don Álvaro de Mendoza, obispo de aquella diócesis, pero ya promovido á la de Palencia, el cambio de la jurisdicción en el monasterio de San José, de modo que éste, lo mismo que los demás, estuviese sujeto á la Orden. Logró la Santa su deseo, y ella misma nos da cuenta del resultado, al fin del libro de sus Fundaciones. Teresita, á quien el Ilmo. Don Álvaro distinguió con afecto paternal¹, recordaba aun treinta años después la escena que pasó al hacerse la entrega de la jurisdicción. Entró el obispo, acompañado de Don Lorenzo de Cepeda, y por otra parte el Padre Gracián con sus compañeros religiosos. Las monjas, empezando por la santa Madre, fueron recibiendo la bendición de su Señoría Ilustrísima, y luego llegándose al Padre Provincial á prestarle obediencia. La entrega no se hizo sino bajo la condición de que la Madre Teresa de Jesús fuese hija de esa casa, y no de otra, y por lo tanto estuviese la Orden obligada á hacerla enterrar allí, si le acaeciese no morir en dicho convento, «á lo que adhirió de buena gana la santa Madre, viendo que esto era hecho por acto de obediencia.»²

Tuvo, pues, la Santa en esa ocasión el gusto de abrazar y acariciar á su sobrina, que iba creciendo en edad y virtud, para consuelo de su tía sumergida entonces en las amarguras de la persecución más cruel contra los descalzos sus hijos. «Teresa», dice, «está buena y se encomienda á vuestra reverencia. Está muy bonita y ha crecido mucho: encomiéndemela á Dios, que la haga su

¹ «Teresa besa á V. S. las manos, y hace lo que V. S. le manda, y á su querer, bien se irá con V. S.» Carta de Santa Teresa al Ilmo. D. Álvaro de Mendoza, de 6 de setiembre de 1577.

² Segunda declaración de la Hermana Teresa de Jesús, en Ávila, año de 1610.

sierva.»¹ Y el año siguiente podía asimismo escribir á la priora de Sevilla: «¡Oh Teresa, qué saltos daba con la que la envió! Es cosa extraña lo que la quiere. Creo dejaría á su padre por irse con ella. Mientra más crece, tiene más virtud y muy cordecita. Ya comulga, y no con poca devoción.»² Por aquí se ve que la monjita debió de hacer su primera comunión en el monasterio de San José de Ávila, cuando tuvo sus once años cumplidos. No obstante su fervor religioso, conservaba su genio infantil, y en 1579 podía la Santa decir aún al Padre Gracián: «Teresica está harto contenta, y tan niña como suele.»³ Cuando se ausentaba de Ávila, echaba de menos á su sobrina. «Algunas veces deseo acá á Teresa, en especial cuando andamos por la huerta. Dios la haga santa, y á vuesa merced también.»⁴

Un año escaso de tranquila dicha le restaba á la futura carmelita: presto iba á perder á su padre, sentir la mordedura dolorosa de la tentación y las asechanzas del mundo, experimentar la crisis de la vocación, la cual felizmente superada, avanzaría hacia la santidad perfecta, por un camino quebrado y penoso, pero seguro, que le había profetizado su santa tía.

¹ Á la M. María de San José, en octubre de 1577. Por otra parte se preocupaba siempre de la salud de la chica: así, en 10 de diciembre del mismo año, escribía á su cuñado: «Mis hermanos están buenos... Teresa también está sin calentura, aunque con romadizo.»

² El 4 de junio de 1578.

³ Carta de 21 de abril de 1579.

⁴ Á D. Lorenzo de Cepeda, desde Valladolid, á 27 de julio de 1579.



Teresita, sobrina de Santa Teresa de Jesús.
Retrato antiguo que se conserva en el monasterio de carmelitas descalzas de Sevilla.

sierva.»¹ Y el año siguiente podía asimismo escribir á la priora de Sevilla: «¡Oh Teresa, qué saltos daba con la que la envió! Es cosa extraña lo que la quiere. Creo dejaría á su padre por irse con ella. Mientra más crece, tiene más virtud y muy cordocita. Ya comulga, y no con poca devoción.»² Por aquí se ve que la monjita debió de hacer su primera comunión en el monasterio de San José de Ávila, cuando tuvo sus once años cumplidos. No obstante su fervor religioso, conservaba su genio infantil, y en 1579 podía la Santa decir aún al Padre Gracián: «Teresica está harto contenta, y tan niña como suele.»³ Cuando se ausentaba de Ávila, echaba de menos á su sobrina. «Algunas veces deseo acá á Teresa, en especial cuando andamos por la huerta. Dios la haga santa, y á vuesa merced también.»⁴

Un año escaso de tranquila dicha le restaba á la futura carmelita: presto iba á perder á su padre, sentir la mordedura dolorosa de la tentación y las asechanzas del mundo, experimentar la crisis de la vocación, la cual felizmente superada, avanzaría hacia la santidad perfecta, por un camino quebrado y penoso, pero seguro, que le había profetizado su santa tía.

¹ Á la M. María de San José, en octubre de 1577. Por otra parte se preocupaba siempre de la salud de la chica: así, en 10 de diciembre del mismo año, escribía á su cuñado: «Mis hermanos están buenos... Teresa también está sin calentura, aunque con romadizo.»

² El 4 de junio de 1578.

³ Carta de 21 de abril de 1579.

⁴ Á D. Lorenzo de Cepeda, desde Valladolid, á 27 de julio de 1579.



Teresita, sobrina de Santa Teresa de Jesús.

Retrato antiguo que se conserva en el monasterio de carmelitas descalzas de Sevilla.